

LA FUGITIVA.

I.

El barco.

El paquebot francés el *Mistral*, de la empresa Métivier y Compañía (del Havre), que hace el servicio del Havre á Río-Janeiro, y del Brasil á Francia, con escala en Tenerife, había embarcado, al partir de Río-Janeiro, el 11 de Enero de 1872, algunos pasajeros bastante peligrosos.

Placial Estradère, el domador, se había avistado en la rada de Río-Janeiro con el capitán Montpezat, y con la mayor franqueza y un acento perigordés que recordaba al Capitán su país natal (Montpezat era de *Périgueux*, y Placial de *Saint-Alvère*), le había preguntado si no se asustaría demasiado por dar asilo en el *Mistral* á varios leones, á algunos leopardos y á unos tigres.

El Capitán, hombre muy enérgico y rudo, si bien franco y leal, era un bravo marino, que juraba fácilmente, que tenía siempre el corazón

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

en la mano, y había contestado sonriendo al domador:

—¿Cómo diablos queréis que me asusten esas bestias? Lo importante es que las jaulas en que vayan encerradas sean de una completa solidez. Acaso habrá algunos pasajeros que prefiriesen la sociedad de jóvenes *misses* inglesas. Pero, después de todo, se toma lo que se encuentra. Haced embarcar vuestras fieras. ¿Tenéis muchas?

—¡Oh! Toda una colección. He encontrado en el Brasil, al recorrerle dando mis representaciones, algunos ejemplares magníficos de panteras y jaguares, sin contar los soberbios y alborotadores guacamayos de gruesos y encorvados picos, y de grandes alas verdes.

—Vaya por los guacamayos y jaguares. Haremos juntos el viaje. ¿Cuántas cajas comprende toda la colección?

—Cuatro, sin contar el coche que me sirve de alojamiento.

—Se procederá al embarque desde mañana, pues antes de poco levaremos anclas. ¿Es eso todo lo que tenéis que embarcar?

—No (había contestado Estradère.) ¡Quedan todavía las serpientes!

La palabra *serpientes* había hecho estremecer involuntariamente al capitán Montpezat, que no era ciertamente de los más tímidos; pero experimentaba por los reptiles un horror instintivo, y el nombre sólo de una *serpiente* le producía sobre la piel el mismo estremecimiento que hubiese experimentado al sentir sobre sus carnes el frío contacto de una culebra ó la mordedura de una víbora.

—¡Oh! ¡Oh! (había replicado.) ¿Conque hay

también serpientes? ¡Voto al infierno! Mal negocio.

—¡Bah! Serpientes medio aletargadas, envueltas en sus cubiertas de lana, enfermas, y, por otra parte, encerradas en una caja, cuya llave guarda Katchar.

—¿Y quién es ese Katchar?

—Un indio, un amigo leal como un perro y valiente como un león, cuyos miembros delgados como cañas tienen la fortaleza del bronce. Con él puede uno estar seguro, porque vigila con mucho cuidado á las fieras.

—Vaya por vuestras serpientes. ¡Pero que el diablo se lleve á aquellos que se muestren curiosos de ver unos animales tan repugnantes!

La conversación entre Placial Estradère y el capitán Montpezat había terminado aquí, y al día siguiente, las jaulas de hierro en que rugían dos leones salvajes, el león domado *Nerón*, el tigre real *Tiberio* y los jaguares, fueron embarcados en el *Mistral*, á la vez que las jaulas y cajas que encerraban las aves y serpientes.

Encendidos los hogares de las máquinas, y el vapor con presión suficiente para emprender la marcha, las calderas del buque despidieron por los silbatos densos chorros de vapor, produciendo estridentes y prolongados silbidos, á los que respondieron las bestias feroces con sus lúgubres y aterradores rugidos.

—Nunca hubiera creído escuchar un concierto semejante,—decía, levantando los brazos al cielo, una *prima donna* de opereta que acababa decantar la *Bella Helena* en el Brasil, y que iba á Francia, llevando consigo muchas joyas, profusión de ar-

tículos encomiásticos recortados de los periódicos brasileños, y una voz que hubiera parecido ronca y cascada en el último de los cafés conciertos de París.

Esta voz había hecho, sin embargo, furor en Río Janeiro, lo que prueba que el talento es á veces cuestión de latitud.

Por fin, con un tiempo delicioso, un lunes muy de mañana el *Mistral* se había hecho á la mar, haciendo rumbo al Havre. Los tripulantes del buque no recordaban haber navegado nunca con tiempo tan bonancible. Á despecho de la estación, no aparecía ningún signo de tempestad en el horizonte. El viento era fresquito y suave, las olas murmuraban sin cólera, y parecían besar con su blanca espuma los flancos del *steamer*; en una palabra: era el mar una balsa de aceite, como se dice vulgarmente.

Envueltos en sus mantas ó capotes, los pasajeros permanecían sobre cubierta, contemplando la inmensidad durante el día y las estrellas cuando llegaba la noche. Algunos leían; otros parecían soñar, ó meditaban.

El capitán Montpezat pasaba á veces por medio de ellos, diciéndoles con tono bondadoso y con acento meridional:

—Muchos días de verano he visto más crudos y borrascosos que estos de invierno. ¡Á fe mía, que vamos á hacer una travesía feliz!

De tiempo en tiempo, sin embargo, y dominando los ruidos del vapor, otros ruidos roncós y extraños, que partían del entrepuente, se dejaban oír como una amenaza.

Algunos pasajeros, en su mayor número mu-

jeros y niños, se miraban entonces con ojos inquietos; pero el aire serio y sonriente del capitán Montpezat devolvía bien pronto la tranquilidad á todos.

No había ciertamente nada que temer.

Los pasajeros volvían, pues, á contemplar el humo del vapor que se escapaba por las enormes chimeneas rojas, y que, describiendo caprichosas espirales en el espacio, se dilataba después en grandes masas de formas raras y variadas, perdiéndose en lontananza por la popa del *Mistral*, como se perdía también la estela que marcaba en las ondas su serena y rápida marcha.

—¿Pero decidnos al menos si dais de comer con regularidad á vuestras fieras? (preguntaba de vez en cuando al domador Estradère, un viajero parisién, representante de una casa de comercio francesa, que con frecuencia departía íntimamente con la cantante de operetas acerca de los pequeños teatros de los *boulevards*.) Nos interesa..., porque si vuestros endiablados leones ayunasen..., por ventura..., serían capaces....

—Los vigilo con gran cuidado (respondía fríamente Placial); y Katchar les da de comer dos veces al día, á hora fija.

—¡Mucho me place, porque no me siento con vocación para servirles de *beefsteack*!

Los pasajeros se habían dormido una noche con la tranquilidad que el valor frío y sereno á la vez de Estradère les había inspirado, cuando de repente salieron del entrepuente ruidos siniestros, rugidos prolongados y aterradores.

Produjo esto en los camarotes un silencioso pero terrible terror, y algunos rostros lívidos aso-

maron acá y allá por las puertas entreabiertas.

Una misma pregunta fué formulada por todos los labios.

—¿Qué ocurre?

Los rugidos se dejaban oír cada vez más potentes, con furia más intensa y desesperada. Parecía que los costados del buque trepidaban bajo la acción de aquellos ruidos cavernosos y siniestros.

De repente, en la obscuridad, se oyeron agudos y lúgubres gritos, lanzados por las mujeres y los niños:

—¡Los leones se han escapado!

—¡Los leones!

—¡Los leones están libres!

Los pasajeros que ocupaban los camarotes, tuvieron un movimiento instintivo, uniforme, huyendo hacia la cubierta, en busca del aire libre, como si la salvación de todos hubiese estado allí. Y aquella muchedumbre de criaturas, aterradas por el miedo, iban á precipitarse por la estrecha escalera forrada de cobre y á magullarse sobre sus peldaños, cuando:

—¡Truenos y rayos! (gritó con voz estentórea el capitán Montpezat.) ¡El primero que salga de su camarote, le salto la tapa de los sesos de un tiro!

Aquella voz atronadora é imperativa fué oída por todos, á pesar de los rugidos de las fieras y de los gritos desesperados de los pasajeros.

Cesó el ruido instantáneamente en los camarotes, y un silencio terrible, glacial, como si toda criatura humana se hubiera resuelto á esperar silenciosamente la muerte, reinó breves instantes.

Dominando los ruidos producidos por los marineros, la voz tonante del capitán se escuchó de nuevo.

—¡Sobre el puente todos los hombres de la tripulación!

Los marineros obedecieron rápidamente. Allá, alrededor de la chimenea, sobre la cubierta del *steamer*, se descubrían confusamente, á la incierta claridad de la aurora, á los oficiales y marineros de la tripulación, armados y agrupados en actitud defensiva, mientras que en la parte posterior del buque, ó sea hacia la popa: las enormes fieras iban y venían lentamente, como asustadas de su libertad.

—¿Dónde está el domador? (gritó Montpezat.) ¡Ira de Dios! El domador, ¿adónde se ha ido?

Dos hombres, el uno alto y flaco, el otro más bajo y delgado aún, se destacaron del confuso grupo que formaban los hombres de la tripulación, y se adelantaron hacia el Capitán.

Eran Placial y Katchar.

—¡Ira de Dios! ¿Qué es lo que ha ocurrido?—dijo el marino.

—Un marinero embriagado había apostado á que entraba como Katchar y yo en las jaulas de las fieras (dijo Placial fríamente). Después, y aprovechándose del sueño de Katchar, se deslizó tambaleándose hasta el entrepuente. Cuando el indio se levantó y le cogió por el cuello, una de las jaulas estaba abierta, y dos leones salvajes y el tigre *Tiberio* se hallaban ya fuera de ella.

—¡Miserable borracho!—dijo el Capitán.

—¡Pobrecillo! ¡Dejadle, Capitán; que bien cruelmente ha sido castigado!—dijo Katchar.

Uno de los leones, saltando sobre él, le habia arrancado de una sola zarpada toda la parte posterior de la cabeza.

En el entrepuente yacía tendido sobre un charco de sangre, con el cráneo destrozado y teniendo al descubierto la masa encefálica.

—¿Y qué hacer? ¿Qué hacer?—repetía Montpezat.

Las tres enormes fieras, inmóviles hacia la popa, miraban con fijeza cuanto tenían delante, aturridas por el continuo mugido del mar.

Con frecuencia alguno de los leones trataba de apagar con sus rugidos el ruido de las olas; pero la mar contestaba con ruidos más potentes, y el león, como vencido, se callaba.

—¿Cómo salir de esta situación? (decía agitado Montpezat, dejando oír sus juramentos habituales.) ¡Ah! ¡truenos! ¡truenos de Mahoma!

—Yo respondo del tigre *Tiberio* (dijo Estradère con flemma). En cuanto á los dos leones, son salvajes y nuevos en mi colección. Ni la voz ni la mirada les dominaría. Es necesario cazarlos.

—¿Cazarlos?

—Sí. ¿Queréis dejarme que dirija esta caza?

—Obrad,—dijo Montpezat.

Estradère avanzó tres pasos hacia popa.

El indio le siguió.

—No (gritó el domador con voz breve): tú no.

—Pero....

—Yo solo.

Katchar retrocedió con igual docilidad que lo hace un perro á quien se riñe, y fué á colocarse detrás, pero cerca del Capitán, permaneciendo inmóvil.

Placial miraba á los leones.

El día se presentaba alumbrando con sus lívidas tintas esta extraña escena, y permitía ya entonces

determinar el color de aquellas siluetas de formas feroces, que allá en la popa del buque permanecían inmóviles y amenazadoras.

Placial avanzó lentamente, pero con gran firmeza, hacia los leones y el tigre.

Rígido é intrépido, hubiera podido tomársele por una estatua movable. La barra de hierro que tenía en la mano, no era ni más fría ni más sólida que él.

—¡He ahí un hombre!—dijo en voz alta el Capitán Montpezat.

Los marineros, formando un grupo compacto, esperaban.

Estradère avanzaba siempre.

Con los rasgos acentuados de su enérgica fisonomía, con sus ojos de un negro profundo, con sus cabellos castaños que empezaban á encanecer cayendo desordenados sobre su frente ancha y lustrosa, con su boca un tanto contraída dibujando una ligera sonrisa debajo de su poblado bigote, con su expresión triste y pensativa, el domador Estradère estaba magnífico.

Alto, huesudo y un tanto cargado de espaldas, la voz de ordinario dulce y de un timbre melancólico, Estradère acababa de transformarse. Todo su cuerpo, endeble en la apariencia, se animó.

Una cicatriz, producida tal vez por las garras de una fiera ó por un arma blanca, surcaba su mejilla izquierda, y el costurón que presentaba atestiguaba la energía de la lucha que debía haber sostenido, apareciendo sobre su carne como la marca de un drama desconocido.

Placial podía tener de cuarenta á cuarenta y cinco años, acaso menos. Su edad hubiera sido di-

fcil precisarla, pues lo mismo podía tomarse por un hombre ya viejo, á quien la actividad de la vida hubiera conservado, que por un hombre joven que hubiera sufrido profundamente.

Derecho, ágil, imponente, avanzaba hacia la popa con su barra en la mano.

Las fieras permanecían inmóviles; pero se notaba distintamente que los dos leones iban erizando sus melenas á medida que aquella forma humana se les iba acercando.

Á la pálida luz de la aurora, Placial apercibía relámpagos de fuego en los ojos de las fieras.

Entonces se dibujó una extraña sonrisa bajo su bigote.

É intrépido, continuaba avanzando siempre.

Cuando no estuvo más que á ocho ó diez pasos de los leones y del tigre, se paró.

Si en aquel momento se hubiese levantado una de aquellas fieras, le hubiera bastado extender sus garras hacia el domador, para abrirle el cráneo de una sola zarpada.

Placial las miró un momento sin moverse, y con una voz de un timbre metálico como un toque de corneta:

—¡*Tiberio!* (gritó); ¡á mí, *Tiberio!*

Entonces se vió algo de extraño y terrible á la vez: allá, en la popa del *Mistral*, una de las siluetas de las fieras se puso en movimiento, tomando mayores proporciones, y destacándose su terrible perfil sobre aquel cielo de un color ceniciento, y vino á echarse á los pies del domador, dando fuertes y prolongados ronquidos, en señal de cariño y sumisión.

Era el tigre real, en cuya enorme boca Placial

Estradère introducía con frecuencia su cabeza, y que, subyugado, medroso, sumiso como un perro y arrastrándose como un gato, venía con su lengua rugosa á lamer los pies del amo.

Placial respondió á este movimiento de sumisión apoyando uno de sus tacones sobre la frente de *Tiberio*, más dura que el bronce, siendo esta presión, á la vez, una caricia y una amenaza.

En seguida, con voz imperativa y breve:

—¡Arriba, *Tiberio!*—dijo.

El tigre se levantó rápidamente, se estiró y abrió, desmesuradamente la boca, como sacudiendo la pereza: Placial Estradère le cogió fuertemente por la piel del cuello, y le obligó á volverse, dando cara á los leones.

Los leones continuaban amenazando.

Conservando la inmovilidad del cuerpo, y con un movimiento lleno de nobleza, volvían á un lado y otro sus cabezas imponentes, que respiraban la furia más salvaje. El domador conoció en estos movimientos, y en el fuego que despedían los ojos de las fieras, que se hallaban próximas á acometer, que sentían la feroz necesidad de morder y despedazar.

—Tienen miedo (pensó). Son, pues, doblemente temibles.

Y como si los leones hubieran adivinado el pensamiento del hombre, se adelantaron, mostrando sus terribles dientes, y produciendo ronquidos siniestros.

El domador leía, en los destellos que despedían las pupilas de las fieras, una amenaza de muerte que iba dirigida á él.

Estradère levantó su barra; pero tenía para su defensa algo mejor que esta arma de hierro: tenía

á su tigre, que, con las garras clavadas en la madera de la cubierta, la cabeza erguida, ardientes los ojos y sus largos dientes apretados, dejaba escapar de su garganta un sonido ronco y gutural y un aliento cálido, que, convertido en tenue vapor, era arrastrado por el fresco viento de la mañana.

Aquel animal, hermoso y terrible á la vez, miraba con fijeza á los leones.

Éstos, á pesar de su ferocidad, vacilaban delante del tigre, que con sus miradas, su actitud y sus ronquidos cavernosos y siniestros, parecía querer decirles: «¡Esta presa no es para vosotros!», ó más bien: «¡Este no será vuestra presa; es nuestro amo!»

—¡Bien, *Tiberio!*— dijo con enérgica voz Placial.

El capitán Montpezat había observado que, mientras los leones marchaban al encuentro del domador, Katchar, el indio, había desenvainado un largo cuchillo de forma asiática, y se preparaba á saltar sobre las fieras para luchar con ellas en defensa de Estradère.

Las sombras eran ya menos densas sobre la cubierta del *Mistral*, ó, más bien, la vista de los tripulantes se había acostumbrado á aquellas semitinieblas, que á cada minuto se hacían menos intensas.

En aquel momento podía cualquiera moverse ya con desembarazo, alumbrado por la tenue claridad del alba.

—¡Capitán! (gritó entonces Placial): *Tiberio* nos da tres minutos para obrar, y durante ellos respondo que los leones no avanzarán un sólo paso. Si estuvieran domados como lo está *Nerón*, obede-

cerían como éste y como acaba de hacerlo *Tiberio*; pero á éstos no hay esperanzas de poderlos dominar. Es necesario matarlos. ¡Ocho hombres sobre la cofa! ¡Los mejores tiradores! ¡Que apunten bien, y que no tiren hasta que yo lo mande!

—¡Ocho hombres sobre la cofa!— gritó en seguida el Capitán.

Mientras que los marineros, armados de carabinas, subían por las escalas como sombras, Placial permanecía siempre rígido, haciendo frente á los leones, á los que miraba sin pestañear, en tanto que *Tiberio* parecía magnetizarlos con los ardientes rayos que lanzaban sus pupilas dilatadas.

El domador volvió un instante la cabeza para asegurarse de si los marineros estaban preparados.

Entonces extendió la mano sobre *Tiberio*, y agarrándole fuertemente por la piel, para sujetarle en el momento de la detonación, ordenó en voz alta y breve:

—¡Fuego!

Una detonación parecida á un cañonazo se dejó sentir; los ocho disparos no produjeron más que un solo ruido estridente y seco. Uno de los leones cayó muerto como herido de un rayo. El otro saltaba furioso, rugiendo desesperadamente, levantándose sobre sus patas en toda su altura, como un caballo que se encabrita.

Bajo su mano de acero, Placial Estradère sintió temblar bruscamente al tigre, á quien una sacudida de espanto había agitado con violencia; pero aumentando la presión de sus dedos, que hacían el efecto de tenazas sobre las carnes de *Tiberio*, el inquieto animal había permanecido inmóvil bajo aquella presión humana.

—¡Fuego otra vez! (repitió Placial.) ¡Los revólvers! ¡Preparad las hachas! ¡Matad ese león! ¡Matadle, ó va á hacer!....

No hubo tiempo de repetir el ataque á la fiera, pues ésta, como si el dolor la hubiera vuelto loca, de un salto terrible se había precipitado en el mar, donde se la vió por algunos instantes mostrar su melenuda y parda cabeza sobre la espuma de las olas que teñía de rojo, y después desaparecer entre la estela del *Mistral*.

—Ahora (dijo sencillamente Placial), nadie tiene ya nada que temer aquí. ¡Katchar!

El indio acudió presuroso al llamamiento.

—Conduce á *Tiberio* á su jaula. *Tiberio* es un buen amigo nuestro.

Y acariciando con su mano el cuello del tigre, exclamó:

—¡Gracias, *Tiberio*, gracias!

Placial estaba pálido, pero sonreía. Ninguna emoción aparecía en su semblante. Mientras que Katchar, delante del cual todos se apartaban, conducía al entrepuente, como hubiera podido hacerlo con un niño, al gigantesco tigre real, el domador se adelantó hacia el capitán Montpezat, y le dijo con tono jovial:

—¡Ya habéis visto, Capitán! ¡Tantos muertos como heridos; aquí no ha habido más pérdidas que mis pobres leones!

—¡Vuestros pobres leones! (dijo el Capitán.) ¿Y mis pobres pasajeros?

—¡Habéis visto bien que no había nada que temer! ¡Capitán (añadió Placial), me permitiréis que os ofrezca la piel agujereada de ese león que veis tendido allá abajo! Ella os servirá de alfombra para

los pies. Después de todo, esto será un recuerdo como otro cualquiera.

—El recuerdo del hombre más bravo que he encontrado en mi vida,—dijo Montpezat.

—¡Bah! ¿Qué es lo que arriesgaba? (dijo Estradère.) Estaba armado.

Y riendo jovialmente, lanzó lejos de sí la barra de hierro de que no se había servido.